

# Corrido de JUAN MONTES

Si tal vez no les fuere molesto  
darle parte á toda la alegría,  
voy á hablar de este fin fáustico  
que Juan Montes se hallaba en Arquía

Bien sabéis que en el Estado libre,  
de Morelos, fue un gran trovador,  
en sus versos fue bello y sublime  
y aplaudido por hombres de honor.

En el pueblo de Tlalquitenango,  
el día catorce del mes de febrero,  
su destino le había señalado  
de su vida el trance postrero.

Fue un miércoles por la mañana,  
como á las ocho, según se imaginan,  
se puso á tomar de buena gana  
con amigos que siempre estimaba.

Entre ellos, don Jesús Montaño,  
quien más tarde debía darle muerte,  
también allí se hallaba tomando  
sin saber su desgraciada suerte.

Cuando al fin los vapores del vino  
por compléto los había trastornado  
un enojo entre éllas provino  
entre Juan y don Jesús Montaño.

La cuestión comenzó en la cantina  
propiedad de Cándido Barbán,  
sin embargo continuó la riña  
y á otra nueva cantina se van.

Al llegar á la nueva cantina  
del señor Margarito Arellanos  
prosiguió de nuevo la contienda  
entre Juan y don Jesús Montaño.

Tu serás un cantor distinguido  
por personas de alta aristocracia,  
pero al menos no quédó vencido  
y haré por perder tu elegancia.

Presentando ser un caballero  
entre el vulgo don Jesús Montaño  
dio á guardar su machete cañero  
al Sr. Margarito Arellanos.

Entre poco trató de acostarse,  
ya Morfeo le tenía sumergido  
y Juan Montes salió allí á sentarse  
a la puerta con varios amigos.

Al volver de su sueño el tirano  
su machete pidió sin tardanza  
y le dijo al señor Arellanos  
que ya se iba derecho á su casa.

Al salir Montaño para afuera  
Juan Montes le volvió á referir  
lo que allá en la cantina primera  
le había dicho, siempre varonil.

Al momento volvió con fiereza  
y dos golpes mortales le dió,  
una vez que acabó tal vileza  
al poniente su fuga emprendió.



El primero, según es el hecho,  
se lo ha dado en el cráneo de afuera  
y el segundo ha sido en el pescuezo,  
cerca de la clavícula izquierda.

Anda ingrato, cobarde me heriste,  
se lo dijo con gran rectitud,  
de mi parte ya bien puedes irte.  
soy diez veces más hombre que tu.

Los amigos de su estimación  
trataron de seguir á Montaño  
por versi adquirían la aprehensión  
pero ya no pudieron lograrlo.

Al mirarlo en tan mísero estado  
uno de ellos allí lo paó  
y á su casa trató de llevarlo  
pero al fin éste se les negó.

Yo las gracias te doy, fiel amigo,  
solamente te pido un favor:  
si te preguntan quién me ha herido  
no les digas lo que sucedió.

Diciendo estas palabras tomó  
hacia el rumbo de Tlalquitenango,  
de todos al fin se despidió  
y este mundo trató de dejarlo.

Al llegar muy cerca de la vía,  
a la barranca de Huaquitecalco,  
donde fue su luto y agonía  
porque hasta allí pudo haber llegado.

Sus amigos que muy de mañana  
pasaban para Tlaltizapán  
le miraban y le preguntaban  
quién le había llegado á lastimar.

Les responde con grande energía  
á mi nadie me ha lastimado,  
solo el tren, en su gran travesía,  
por desgracia conmigo ha chocado.

Uno de ellos se quedó á cuidarlo,  
otro se fue á Tlaltizapán  
á dar parte que en el acto  
lo fueran de allí a levantar.

Mientras esto pasaba hacia el cielo  
sus plegarias don Juan dirigía  
al Eterno, con amor sincero,  
estas tristes palabras decía:

Esta vida, mi Dios, me la diste,  
y un ingrato e infiel me quitó  
pues ya se que en la Cruz padeciste,  
en tus brazos me encomiendo yo.

Entre tanto llegó la Justicia  
y después que lo inspeccionaron  
noticieron así á toda prisa  
á Jojutla lo que había pasado.

Remitirlo á Jojutla de Juárez  
los jueces así dispusieron  
dónde hicieron sus funerales  
el catorce del mes de febrero.

Se acabó su misión en la tierra  
de un amigo á quien yo estimé;  
se acabó su gloria y simpatía,  
toda la honra de Chapultepec.

Me despido, amable reunión,  
me despido con grande dolor  
un sudario rezadle á Juan Montes  
que ya se halla en la otra mansión.